

Nebreda Roca, Maribel (2021) *El género del trabajo social: una reconstrucción genealógica desde la perspectiva de género*. Madrid: Editorial Fundamentos. ISBN 978-84-245-1406-8.

Maribel Nebreda Roca es licenciada en Ciencias Políticas y de la Administración por la Universidad Complutense de Madrid, universidad de la que, a su vez, es Doctora en Sociología y Graduada en Trabajo Social. Las cuestiones de género han orientado siempre su trayectoria disciplinar y su experiencia profesional como trabajadora social, promotora de políticas de igualdad y funcionaria docente de la Comunidad de Madrid.¹

Nebreda, en aras de la labor de reconstrucción que se propone acometer en esta obra basada en su investigación doctoral, recurre al género como concepto analítico. Unido a ello, las subjetividades, las identidades sociales y las relaciones de poder irán dando forma a un trabajo histórico-genealógico en el que poder (re) ubicar la disciplina del Trabajo Social. Una disciplina y una profesión difícil de concretar, muchas veces, por su objeto multiforme y un sujeto cambiante en el que se encarna la cuestión de la feminización de la profesión. Como señala la autora, “*toda investigación genealógica exige la problematización, la revisión documental y la narración*” (pág. 127). Así, releer el nacimiento y el desarrollo del Trabajo Social en el contexto español bajo la perspectiva de género imprime un carácter particular, novedoso y poco tratado hasta la fecha.

Esta obra se estructura en base a tres ejes argumentales-analíticos principales que, a su vez, irán conformando la reconstrucción genealógica del Trabajo Social bajo esta mirada, la del género, a lo largo de los seis capítulos que conforman este trabajo. El primer eje gira en torno a la cuestión del desplazamiento que históricamente se ha ido expresando en torno a la ayuda y la asistencia, los cuidados desde el espacio privado hacia la esfera pública; todo ello unido a la asignación diferencial de roles entre sexos por la que los cuidados serán atribuidos a las mujeres. El segundo eje ahonda en la relación entre el Trabajo Social y el género. Para Nebreda se torna clave la identificación y la explicación de la construcción de una cultura profesional generizada donde el arquetipo profesional subalterno posee una relevancia explicativa. El último eje estudia las dinámicas de vinculación entre Estado y Trabajo social en los distintos espacios de intervención identificados entre los años 1975-1990.

Describir las raíces identitarias que han prevalecido en el Trabajo Social y el espacio simbólico en el que se ubica, es importante para comprender la posición de subalternidad que lo caracteriza. Desde la domesticidad hasta la afectividad, pasando por la cuestión de la maternidad y la educación, la autora nos proporciona claves para entender los espacios de reproducción y de anclaje de las subjetividades. Así, la profesión del Trabajo Social, más allá de unas prácticas llevadas a cabo por mujeres de clase media, “*se sitúa en un espacio social vinculado con lo femenino que le aboca a una posición de subalternidad y de revisión perpetua [...] un continuo ejercicio de rendimiento de cuentas*” (pág. 20) y esto tiene mucho que ver con el distanciamiento de su especificidad, de su territorio social generizado y de su necesidad de reconocimiento social constante.

Es relevante pensar la cuestión de la identidad de género ligada a las significaciones culturales, aprehendidas e interiorizadas, como las diversas concepciones de la feminidad normativa que, teñidas de un halo de objetividad, han ido constituyendo una desventaja estructural invisibilizada o naturalizada. La construcción de diversas cosmovisiones del mundo y de lo social, el imaginario ilustrado sobre la mujer, la confluencia de distintos discursos y representaciones entorno a lo masculino y femenino junto al desarrollo de las disciplinas científicas a partir del siglo XIX, serán elementos claves para atender el desarrollo sociohistórico del Trabajo Social. Por ello, desnaturalizar la vinculación entre feminidad normativa, Ilustración, proyecto Liberal y división sexual, entre otras, nos permite una mayor comprensión de esto que llamamos Trabajo Social. Elementos, todos ellos, que junto a la mística cristiana y una cultura de afectividad vinculada a dicotomías como razón/emoción, masculino/femenino han dotado de significado el ethos de las profesiones de ayuda.

Nebreda nos plantea que para entender el campo profesional del Trabajo Social en España hay que estudiar cómo se regula lo social en nuestro país durante el siglo XIX y principios del XX. Debemos estudiar la acción social en el contexto, siguiendo una perspectiva histórica para comprender, reconstruir y atender al sentido histórico de las mujeres como agentes de asistencia social bajo la nueva ética burguesa. Las contradicciones de este momento histórico, las demandas del ideal doméstico y la feminización de la mano de obra, tendrá como consecuencia la incorporación

¹ Algunas de sus aportaciones en esta línea son: *Promotoras de igualdad de género: una profesión feminista en primera línea* (2019), *Contribuciones del movimiento feminista al avance de las mujeres en España. El Trabajo social y las relaciones de género* (2008). *La cuestión de la pedagogía coeducativa* (2013) dentro del libro *Género, educación e intervención social: experiencias compartidas entre España y Níger* / coord. García Rol-dán, E., Leyra Fatou, B., Nebreda Roca, M., Pajarín García, M., Rivas Rivas, M.

de la mujer en el siglo XX a espacios de trabajo asalariados designados como femeninos bajo la legitimación de lo “natural” y la separación de esferas.

La influencia religiosa, la vinculación a la Sección Femenina y la acción benéfica contribuyen a apuntalar esa subalternidad señalada durante la dictadura franquista. Incluso los atisbos fugaces de incorporación de los varones a la profesión emergen con esa división estereotipada de roles de género². Así, el proceso de profesionalización se centró en la técnica, el reconocimiento identitario o el método propio, mientras que las cuestiones de género pasaron desapercibidas en los encuentros profesionales de la etapa tardofranquista. Y no será hasta bien entrados los años 90 cuando comience a ser objeto de estudio e investigación. El legado histórico patriarcal y la naturalización de las relaciones de poder y dominio, entre otras, son algunas de las causas para comprender la ausencia de perspectiva de género según la autora. Tras su reconstrucción genealógica, identificará siete etapas que irán desde la construcción de la mujer social en la Modernidad (s. XVIII) hasta el Trabajo Social en el marco de los Servicios Sociales (1985-1990).

Sabemos que las referencias a la génesis, a la evolución y a la constitución del Trabajo Social no es algo nuevo. La cuestión social, la politización de la pobreza, su nacimiento como saber empírico, como actividad filantrópica o su centralidad en la asistencia, control y represión, son solo algunos de los elementos ampliamente tratados para entender cómo surge, ya a finales del XIX el Trabajo Social en Europa y cómo se irán conformando sus “fronteras” dinámicas y cambiantes, como señala la autora. También sabemos que la historia del Trabajo Social es una historia compleja en la que las luchas o debates sobre su identidad, su objeto y su método han ido acompañando su devenir, vinculadas siempre al contexto sociohistórico en el que han cobrado protagonismo.

Por todo ello, la feminización de la profesión es un objeto relevante y digno de estudio, un fenómeno que hay que observar desde la invisibilización femenina o, si se prefiere, desde la visibilización de los varones en la autoría intelectual, entre otras cuestiones. A ello se suma la idea de reivindicar con orgullo el protagonismo femenino, de recuperar la voz de sus protagonistas, en cada momento y lugar, de señalar y ubicar en el centro a las mujeres como agentes activos e integrantes de la estructura social. A fin de cuentas, supone no solo recuperar la autoridad femenina de esta profesión, sino romper con esa construcción sociohistórica que ha abocado a la profesión y a la disciplina a una posición subalterna e invisibilizada.

Si el Trabajo Social se va construyendo como respuesta de racionalización de la ayuda para afrontar las necesidades de la sociedad, también lo hace asentándose en un carácter contradictorio y ambivalente que hacen necesaria la profundización y la reflexión acerca de sí mismo. Poner como eje prioritario las cuestiones del género y la feminización de la profesión nos invita a adoptar una mirada potente y enriquecedora para las trabajadoras sociales, para su labor y su relación con una sociedad que da sentido a su quehacer profesional. Maribel Nebreda nos brinda, desde un trabajo de investigación minucioso, concienzudo y sensible con la realidad de género, la posibilidad de atender la construcción histórica en base a las representaciones, las ideologías y entramados simbólicos del Trabajo Social. Es una oportunidad más que tentadora para pasar a la trastienda de lo naturalizado, para entender de dónde venimos, cómo nos hemos construido como disciplina y profesión y atisbar dónde vamos o, mejor dicho, hacia dónde queremos ir.

Tarsila Castaño Ortega
Universidad Complutense de Madrid
tarcasta@ucom.es

² La primera y única Escuela de Enseñanza Social Masculina (Barcelona) en 1954 iba encomendada a las tareas de gestión y administración de las obras sociales y las entidades. Fue promovida por la Organización Católica de Orientación Profesional.